

habíamos interceptado una correspondencia que nos ponía la situación en claro. Muchos de los de indiar- se con la proposición que le hacíamos de trucidar á sus banderas, nos escribieron dándonos las gracias por el aviso, agregando con respecto á lo demás algunas eva- sivas, con lo que concluyeron aquellas poco afortunadas negociaciones.

CAPÍTULO VII

hombre en una mancha de hierba, como si todo se hubie- ra conjurado contra nosotros para aniquilarnos; las familias enteras huían á las montañas cuando nos aproxi- mábamos y se llevaban todos sus víveres. Comprende- ríamos que no podía prolongarse una situación tan desast- rososa, que era preciso combatir aun cuando perie- ramos aquellos pequeños elementos que de otra mane- ra se nos estaban desgastando en fuerza de las pri- vaciones é invitamos á los beligerantes que había en Jalisco y Michoacán para que renunciaran nuestras fuer- zas todas en un punto. **CAPÍTULO VIII.** operaciones de la guerra sobre la plaza de Colima que tenía apenas mil hombres de guarnición. En cambio les ofrecíamos no atacarles más adelante sino la co- operación de nuestras tropas para ayudarles á recon-

Llegó la hora fatal para nosotros en que vimos que los recursos se nos habían agotado completamente y en que los síntomas de insurrección por ese motivo co- menzaron á manifestarse. Hasta ese momento conser- vábamos un buen cuerpo de caballería que mandaba el coronel Casimiro Paz, otro de exploradores y algunos guerrilleros bien montados, con más cosa de unos qui- nientos infantes divididos en dos pequeños batallones. Con esa fuerza, nada serio podíamos emprender sobre Colima ni sobre ninguna plaza: el enemigo nos había abandonado á nuestra suerte como si hubiera estado seguro de que el clima y las escaseces se iban á encar- gar de destruirnos.

Así era en efecto: los ranchos por donde pasábamos estaban completamente desiertos; todos los días tocá- bamos á alguno de ellos y jamás encontrábamos ni un

hombre ni una mazorca de maíz, como si todo se hubiera conjurado contra nosotros para aniquilarnos: las familias enteras huían á las montes cuando nos aproximábamos y se llevaban todos sus víveres. Comprendimos que no podía prolongarse una situación tan desesperada, que era preferible combatir aun cuando perdiéramos aquellos pequeños elementos que de otra manera se nos estaban desgranando en fuerza de las privaciones, é invitamos á los beligerantes que habia en Jalisco y Michoacan para que reuniendo nuestras fuerzas todas en un punto dado, pudiéramos combinar las operaciones de la guerra sobre la plaza de Colima que tenia apenas mil hombres de guarnicion. En cambio les ofreciamos no solo recursos abundantes sino la cooperacion de nuestras tropas para ayudarles á reconquistar las ciudades de Guadalajara y Morelia.

Las mayores ilusiones comenzamos á hacernos desde ese momento: Anacleto Herrera y Cairo era el gobernador de Jalisco y tenia más de dos mil hombres: Arteaga, Salazar y demás jefes que operaban por Michoacan habian salvado del desastre de la Albarrada más de tres mil y los hacíamos ya con cinco.

Nosotros hablábamos por conjeturas, pues llevábamos dos meses de estar incomunicados con el resto de la República.

De todos los jefes á quienes invitamos para nuestra grandiosa combinacion, no concurrió á la cita (por desgracia) mas que el general Antonio Rojas. Los lectores saben ya quien era Antonio Rojas, y más lo saben los habitantes de Jalisco, en cuyo Estado no hubo tal vez un pueblo que no tuviera que resentir los horrores

de su presencia. Era un guerrillero feroz, casi un bandido, á quien el mismo Lozada, el poderoso Tigre de Alica, llegó á tenerle miedo, haciéndole temblar en el centro mismo de sus encrucijadas y madrigueras. Rojas, sin embargo, á diferencia de Lozada y de algunos célebres bandoleros de aquel tiempo, tenia la virtud del patriotismo y otras que le conocí en aquel poco tiempo que estuvimos juntos, y las cuales tendré que mencionar en el discurso de esta relacion.

La brigada de Rojas se componia de dos cuerpos de infantería que mandaban los coroneles Villalobos y Delgadillo y de su renombrado regimiento «Galeana» que guardaba la más lamentable desmoralizacion. Los galeanos de Rojas eran á la vez unos cuatrocientos bandidos mal montados y mal armados que no se sujetaban á ninguna disciplina, y que estaban mas dispuestos á pillar las poblaciones que á combatir al enemigo.

—¿Tienen vdes. dinero? nos dijo Rojas despues del almuerzo.

—No, le contestó el general Garcia.

—Pues ni yo tampoco, y es necesario tenerlo.

—Nosotros, estamos sin dinero, le contestó D. Julio sonriendo, pero tenemos una idea para sacarlo.

—En cuanto tiempo?

—En cinco dias.

—No pregunto más: á la obra.

Y á la obra nos pusimos luego.

Fué situado Rojas en un punto que se llama Miraflores, á veinte leguas de Colima, como llamando la atencion de las fuerzas que guarnecian la plaza, mien-

tras D. Julio y yo nos dirigimos al puerto del Manzanillo violentamente llevando solo una escolta y doscientos hombres de infantería que deberían incorporárenos en caso necesario.

El plan consistía en llegar á tiempo de cobrar los derechos de un gran barco que habia llegado al puerto con mucha carga: este plan era peligroso pero seguro.

Recuerdo que tomamos el camino de Salagua atravesando un magnífico bosque de palmeras que tiene una extensión de más de doce leguas. Esas doce leguas son de un magnífico camino para el viajero que marcha siempre debajo de una sombra agradable como quien va siguiendo por las naves de un anchuroso templo, porque un templo inmenso, grandioso, el templo de la naturaleza, es aquel bosque á donde no penetran los rayos del sol, en donde suben las gigantescas palmas á una altura prodigiosa formando arriba una bóveda espesa con sus redondas copas y en donde el piso siempre se ve limpio, descubriéndose solo los montones de hojas á trechos, como si todo aquello estuviera al cuidado de ocultas divinidades ó de invisibles sacerdotes.

Más adelante, es decir á medida que nos fuimos internando en el bosque, semejante al que les fué atribuido á los druidas, empezamos á ver á alguno que otro recogedor de cocos con sus carretillas corriendo de aquí para allá, mientras que el tigre encolerizado por la presencia en sus dominios de seres extraños, iba á refugiarse en su caverna lanzando fieros rugidos que hacian estremecer de terror á las tímidas guacamayas: se levantaban entonces las parvadas de estas

que estaban abrigadas en la cumbre de las palmeras y al levantar el vuelo y al irse alejando hacian un ruido y una gresca que formaban contraste con la soledad y el silencio que reinan en medio del bosque.

Habíamos andado desde las doce de la noche hasta las cinco de la tarde del dia siguiente, sin darnos más descanso que el bastante para tomar nuestro frugal almuerzo, es decir, habíamos andado más de cuarenta leguas de una tirada para salir al limite de la arboleda en donde sigue la playa que rodea al Manzanillo, y una vez allí detuvimos nuestra marcha esperando que se hiciera de noche. Entre tanto estuvimos observando la posición con un anteojo: en primer lugar vimos como enclavado sobre las aguas del mar, un inmenso buque europeo que era el que iba á darnos los recursos que necesitábamos para salir de nuestra angustiosa situación; en segundo lugar descubrimos que no habia ninguna fuerza armada, lo cual nos evitaba el éxito dudoso de un combate, por más que estuviéramos seguros de producir una sorpresa, y luego convenimos, con júbilo, en que no era necesario esperar á que llegara el dia siguiente nuestro cuerpo de infantería que venia á retaguardia haciendo jornadas dobles, sino que nosotros solos podíamos acometer aquel golpe de mano. No habia más gente armada, segun estábamos viendo, que alguno que otro empleado de la Aduana y una media docena de celadores, es decir, unos veinte hombres: nosotros éramos cincuenta.

Todos instábamos á D. Julio para que nos precipitara sobre la presa temiendo que se nos escapara. Podia haberse notado nuestra marcha, podia llegar algu-

na tropa de Colima, podía el buque aquel levar anclas y dejarnos con un palmo de narices. D. Julio más precavido y más experimentado, nos hizo replegarnos á un ranchillo de poca apariencia, situado á media legua cuando más del puerto, en donde dormimos tranquilamente, digo, no tan tranquilamente, puesto que toda la noche nos picaron los moscos.

En la madrugada hicimos nuestra entrada triunfal en el puerto del Manzanillo, que no fué siempre tan inadvertida que no diera tiempo á los empleados imperialistas de ponerse en salvo: á las doce de la noche fletaron un pailebot y se alejaron algunas millas de la costa. Esto nos hizo comprender que tuvieron por la noche el aviso de nuestra llegada y que ya se había mandado un correo para Colima: en consecuencia, no teníamos tiempo que perder y desde luego se nombró al comandante entónces, mi amigo Crispin Medina, para que hiciera el despacho del buque.

Entre varios papeles que abandonaron los empleados estaba un parte que nos llenó de consternación: el Ejército del Centro había sufrido una completa derrota en Jiquilpan, muriendo en el combate los intrépidos generales Riaseco y Ornelas. La noticia nos fué plenamente confirmada por los comerciantes.

La tristeza fué disipándose á medida que fuimos sintiendo los resultados de la franca hospitalidad que nos dieron los alemanes establecidos en el puerto. Pusieron á nuestra disposición su buena cerveza, y á la hora de la comida hubo uno que nos volvió la animación al cuerpo exclamando:

— ¡Adelante! qué diablos, ni es el último reves que

nos ha de seguir causando el enemigo, ni ha de tardar mucho el día en que nos véamos victoriosos: en la guerra como en la guerra, señores, mañana será nuestro día: brindo por la victoria.

Hicimos porque se nos levantara un poco la moral siguiendo el ejemplo que nos ponía aquel compañero y al día siguiente amanecimos más animados y con alguna más de fé en el porvenir.

Pero no debía durar mucho tiempo nuestra alegría: á eso de las diez dieron aviso los exploradores de que el enemigo avanzaba por el camino de la capital. El aviso fué igual á una sorpresa que vino á introducir en nuestras filas la mayor confusión: ningun asistente atinaba á poner el freno al caballo y casi todos pusieron la mantilla al reves. Por fortuna yo despachaba alguna correspondencia oficial importante, y esto me impidió participar de aquella alarma. Cuando pedí mi caballo y fuí á incorporarme con la fuerza, ya esta, que se componía de los doscientos infantes que se nos habían incorporado y cincuenta lanceros, habían tomado posiciones á un lado del camino, como en emboscada. Ya en aquella situación nada importaba el número del enemigo: se mandó reconocer á este y resultó que no era sino un atajo de mulas.

Se concluyó luego el despacho del buque que dejó cosa de unos veinte mil pesos en dinero y por la tarde emprendimos otra vez el camino para Salagua en donde pernoctamos, siempre perseguidos, ya no de Márquez ni de los franceses, sino de los mosquitos.

Nos incorporamos despues sin ningun tropiezo al resto de las tropas, y todos juntos nos dirigimos para

Autlan, poblacion importante de Jalisco, con objeto de dar allí mejor organizacion á las fuerzas republicanas y de recoger los restos de las de Jalisco, que el mando del general Herrera y Cairo tuvimos noticias de que andaban ya cerca de Zapotlan.

Al ver cualquiera la actitud con que llegamos á aquella poblacion, hubiera pronosticado que de allí iba á comenzar nuestra fortuna: pero ¡cuánto se hubiera engañado!

Pero no debia dudar mucho tiempo. Apenas nos acercamos á eso de las diez dieron aviso los exploradores de que el enemigo avanzaba por el camino de la capital. El aviso fué igual á una sorpresa que vino á introducir en nuestras filas la mayor confusion: ningun asistente atinaba á poner el freno al caballo y casi todos pasaron la mantilla al revés. Por fortuna yo despaquaba algunas correspondencias oficiales importantes, y esto me impidió participar de aquella alarma. Cuando pedí mi caballo y fui á incorporarme con la fuerza, ya esta, que se componia de los doscientos infantes que nos habian incorporado y cincuenta lanceros, habian tomado posiciones á un lado del camino, como en emboscada. Ya en aquella situacion nada importaba el número del enemigo: se mandó reconocer á este y resultó que no era sino un atajo de milas.

Se concluyó luego el despacho del puente que dejó cosa de unos veinte mil pesos en dinero y por la tarde emprendimos otra vez el camino para Salazara en donde de pernoctamos, siempre perseguidos, ya no de Mir-

Nos incorporamos despues sin ningun tropiezo al resto de las tropas, y todos juntos nos dirigimos para

los restos exigros de lo que se llamaba el Ejército del

General.

Por de pronto se convino en que llevarian la denominacion de Brigadas Unidas. Pero tenia que seguir próximamente esta otra cuestion: ¿quién las mandaba?

Los jefes de orden empoxaron á fijar sus miradas en el valiente y simpático general Herrera y Cairo; pero la dificultad para ello estaba en la gran mayoría que era la gente de desorden. ¿Se sujetarian Rojas y sus compañeros al mando de un hombre de fines modestos y de buena educacion? ¿Faltaban para ser en Rojas ó en el Julio García, era seguro que no se podrían á las órdenes del primero, por mas que fuera mayor elemento, los vobehancheros de los Estados, en mucho menor grado que en la república.

CAPITULO VIII.

PACTO DE SANGRE.

En una hacienda que se encuentra sobre el camino para Autlan y que lleva un nombre oscuro que, sin embargo, se hizo célebre en los anales de aquella época, se nos incorporaron, por cierto en un estado lastimoso, las tropas al mando de los generales Anacleto Herrera y Cairo, Antonio Neri y Toro Manuel, llevando en realidad cuadros de oficiales y unos cuantos hombres de tropa.

El nombre de la despues célebre hacienda, merece una mencion separada:

El Zacate Grullo.

En la hacienda del Zacate Grullo fué donde se pensó en dar alguna organizacion á todas aquellas fuer-